

**DOS MUNDOS AGRARIOS:
EL VALLE DEL SAN LORENZO (CANADÁ)
Y LA PAMPA (ARGENTINA)
SIGLOS XVI-XIX**

CARLOS MAYO

Grandes productores de trigo y países “nuevos”, la Argentina y el Canadá han sido recientemente objeto de una serie de estudios de historia comparada que arrojan nueva luz sobre la comprensión del pasado de ambos países y sobre el desarrollo de sus respectivas economías. El período elegido por esos estudios arrancaba desde las últimas décadas del siglo XIX y llegaba hasta los albores de la segunda guerra mundial, esto es el pleno auge de sus economías exportadoras primarias. Este trabajo intenta comparar la pampa y el valle del San Lorenzo durante la colonización francesa del Canadá y los primeros años del siglo XIX, ya bajo la dominación británica.

El río San Lorenzo, recorrido por Cartier a mediados del siglo XVI, comenzó a ser colonizado en los primeros años del siglo XVII (Samuel Champlain fundó Quebec en 1608). De la pesca del bacalao, se pasó al comercio de pieles, convertido en el motor de la penetración francesa hacia el interior. Paralelamente, se fue desarrollando una economía agrícola en el valle del San Lorenzo. El indio, en Nueva Francia, fue un aliado y un socio que aportaba las pieles.

Fundada por primera vez en 1536, Buenos Aires fue refundada por el conquistador Juan de Garay en 1580. Entonces se buscaba un puerto atlántico para dar salida al comercio del interior y del Potosí. Los indios eran cazadores recolectores. Muy pronto, el ganado se multiplicó y se convirtió en cimarrón. Surgió así la vaquería, que era la caza del ganado salvaje. Entretanto, surgieron las primeras estancias y chacras en los alrededores de la ciudad, y la agricultura empezó a desarrollarse.

EL VALLE DEL SAN LORENZO

Señores y señoríos

Francia introdujo el sistema señorial en el Canadá en 1624, y éste se fue extendiendo a lo largo de ambas orillas del San Lorenzo. En 1663, se introdujo

la *Coutume* de París. Antes de 1663, había 53 señores, y a fines del régimen francés, 250. ¿Como funcionaba el sistema? El Señor debía homenajar al rey¹. Debía, además, repartir tierra entre los colonos y pagar un gravamen al Rey cada vez que vendiera su heredad. Por otra parte, administraba justicia en su señorío. Sin embargo, el señorío de La Prairie no ejerció sus funciones judiciales: las delegó en la justicia real². Los campesinos debían al señor el pago de una serie de gravámenes: en primer lugar, debían abonarle anualmente *cens* y *rentes* en dinero y en especies; también, debían pagar una derecho toda vez que se heredara la parcela (*lods et ventes*). La *banalité* era el pago por el uso de molino, y la *corvée*, dos días de trabajo para el señor. El campesino pagaba por la pesca y por la caza en el señorío³. Sin embargo, no todo los señores hacían esfuerzos por recaudar esos derechos. Tal es el caso de los jesuitas en el Señorío de La Prairie, que no parecen haber tenido interés en cobrar esos derechos⁴.

El señor se reservaba una parcela para sí, que explotaba, directamente, a través de los *engages* en el siglo XVII, y arrendada en el XVIII. La obligación de moler el trigo en el molino del señor era una restricción para el *habitant* que no podía montar un molino propio⁵.

Extracción social de los señores

| Sector | Número | Porcentaje |
|-----------------------|--------|------------|
| Nobles y ennoblecidos | 191 | 67% |
| Comerciantes | 64 | 22% |
| Funcionarios | 15 | 5% |
| Profesionales | 6 | 3% |
| Clérigos | 8 | 3% |
| Total | 286 | 100% |

Fuente: Ouellet.

¹ R. C. HARRIS, *The seignorial system in early Canada*, Madison, University of Wisconsin, 1966.

² LOUIS LAVALLE, *La Prairie en Nouvelle France 1647-1760*, Montreal, Mc Gill University Press, 1992, p. 87.

³ Harris, *ob. cit.*

⁴ LAVALLE, *ob. cit.*, p. 88.

⁵ Allan GREER, *Peasant, lord and merchant*, Toronto, Toronto University Press, 1985, p. 131.

La corona tendió a ofrecer los señoríos a los nobles. No sólo querían gozar de estatus noble sino de una inversión rentable. Con el tiempo, el elemento plebeyo fue dejado de lado. El rol de la nobleza no fue sólo militar, terrateniente y político, sino que ésta también ejerció el comercio de pieles⁶. El poder de la nobleza se dejó sentir en la sociedad y fue reconocido por el Rey, sus representantes y la población⁷.

Algunos comerciantes se ligaron a señores por la vía matrimonial⁸. La Iglesia quedó rezagada a medida que fue avanzando el tiempo. La Corona, temerosa, dejó de darles los nuevos señoríos⁹.

El poder del señor varió: fue creciente. Con el paso de los años, se incrementaba la población y disminuía la reserva de tierras. Inicialmente, la abundancia de tierras y la escasa población hacían del sistema señorial una institución frágil, y la presión de los señores era muy débil.

A diferencia de Francia, en el Canadá la reserva señorial tendió a reducirse a medida que avanzaba el siglo XVIII. En La Prairie, la reserva fue arrendada¹⁰. ¿Cuál era, en realidad, el poder del señor? La tenencia y la propiedad de la tierra fueron compartidas entre el señor y el campesino; la parcela campesina podía ser vendida o dejada en herencia. Los *habitants* no podían ser expulsados de ella. Era una tenencia bastante segura¹¹. Pero el señor podía expropiar la parcela en el caso de fundar una villa en el lugar, porque el poder señorial estaba lejos de ser nominal. Cuando el *habitant* dejaba de pagar, el señor podía llevarlo a la justicia, como así también si no usaba su molino.

Pero hay más: aumentaba la renta contraviniendo la ley y hacía algunas expulsiones sin permiso mientras especulaba con las tierras no explotadas¹². La renta era una suma fija, pero las variaciones en el valor del dinero o del grano eran aprovechadas por los señores en beneficio propio¹³. A diferencia de los comerciantes que vivían austeramente, los nobles llevaban en sus

⁶ Fernand OUELLET, "Seigneurial property and social structure, 1663-1840", *Economy, class and nation*, Toronto, Copp Clark, 1991, pp. 64-65.

⁷ Ídem, *ibidem*, p. 65.

⁸ Ídem, *ibidem*, p. 67.

⁹ Ídem, *ibidem*, p. 70.

¹⁰ LAVALLE, *ob. cit.*, p. 84.

¹¹ GREER, *ob. cit.*, pp. 97-98.

¹² Ídem, *ibidem*, pp. 100-101.

¹³ Ídem, *ibidem*, p. 123.

casas una existencia rumbosa y ostentosa, rodeados de muebles finos, tapices, alfombras y de una vajilla completa¹⁴. Había señores que no vivían en sus casas de campo, sino en la ciudad.

A fines de la colonización francesa y a comienzos de la conquista británica, la presión señorial y el diezmo llegarían a absorber el 40% del excedente de la producción campesina¹⁵.

Los campesinos

En la base de la pirámide señorial, estaban los *habitants* del valle del San Lorenzo.

Allí, en efecto, surgió una clase homogénea de campesinos, en el marco de una agricultura de subsistencia, con parcelas de entre 40 y 200 *arpents*. Menos de 60 *arpents* no permitían subsistir al campesino ni a su familia. Estas parcelas conformaban lotes trapezoidales, dispuestos, en hileras, en ambas márgenes del río.

En el interior de la granja, se levantaba la casa. En su mayoría, eran cabañas de troncos, con una cocina dotada de un horno que calefaccionaba el ambiente. Detrás de cada hogar, estaban el granero, el establo y otras instalaciones.

El ganado de cada granja era escaso. En el siglo XVIII, una mayoría tenía uno o dos caballos, dos o cuatro vacas y algunas ovejas. Los que poseían cuatro cabezas de ganado tenían 20 *arpents* bajo cultivo¹⁶. Había también en la parcela campesina una huerta para proveer alimentos (repollos, tubérculos, zanahorias) a la unidad¹⁷. Cada campesino era propietario de unos pocos *arpents* de pradera¹⁸.

La vida del campesino era austera. Éste poseía pocos bienes materiales: un cofre, una mesa y tres o cuatro sillas¹⁹. La vestimenta era la mínima indispensable: un capote, una casaca, un par de zapatos y un pantalón²⁰.

¹⁴ LOUISE DECHÈNE, *Habitants and Merchants in the seventeenth century*, Montreal, McGill, 1993, p. 318.

¹⁵ GREER, *ob. cit.*, p. 135.

¹⁶ DECHÈNE, *ob. cit.*, pp. 226-228.

¹⁷ GREER, *ob. cit.*, p. 85.

¹⁸ DESSUREAULT, "¿Crise ou modernisation?: La société maskoutaine durent le premier du XIX siècle", *Review Historique de la Amérique Française*, N.º 42, 1989.

¹⁹ DECHÈNE, *ob. cit.*, p. 170.

²⁰ Ídem, *ibidem*, p. 170.

La concesión señorial no fue la única vía para acceder a la tierra: los *habitants* compraban parcelas todavía vírgenes y forestadas a un precio bajo. El comercio de pieles tuvo un papel más importante de lo que se pensaba, pues operaba "turnerianamente" como una válvula de escape que absorbía a campesinos empobrecidos brindándoles un ingreso adicional al que les ofrecía su magra parcela. Los contratos de *engeges* eran en enero y en febrero, durante el período de la trilla. Después de la conquista, el sector campesino se tornó más complejo y más estratificado interiormente. La desigualdad en el reparto de los medios de producción generó una línea de divisiones entre los campesinos que accedían al mercado desde una posición de fuerza y los campesinos más débiles, que debían recurrir al mercado para comprar sus vituallas y alquilar su fuerza de trabajo. Antes de 1815, ya se conocen indicios de la presencia de una mano de obra agrícola permanente en el Valle del San Lorenzo. Los medios de producción en el señorío de San Jacinto estaban algo más desigualmente distribuidos a principios del siglo XIX, como también lo estaba la tierra. Así, los hogares sin tierra alcanzaban el 12%, mientras que los hogares con parcelas de entre 60 y 90 *arpents* se contraían.

El ganado y los instrumentos de trabajo estaban mal repartidos. Muchas familias no contaban con arado ni con vehículo de transporte. Muy pocos tenían ovejas. La propiedad del ganado ovino estaba muy concentrada entre los granjeros más acomodados.

A principios del siglo XIX, pues, la sociedad rural del valle presentaba un panorama más cristalizado, integrado por señores, *habitants* arrendatarios y jornaleros sin tierra.

Producción y tecnología agrícola

El principal cultivo en el valle del San Lorenzo era el trigo. En efecto, el cultivo de trigo dominaba el escenario claramente. El riguroso y largo invierno imponía duras condiciones a la agricultura. El trigo que se cultivaba en Quebec era del norte, apto para los suelos húmedos y pesados de la región. También se cultivaba algo de centeno y poco *barley*. El utillaje agrícola incluía el zapapico hecho de hierro, la guadaña, la pala, las hoces y el arado de ruedas.

La tierra era arada en otoño. El trigo comenzaba a plantarse, como ya se expresó, cuando se derretían las nieves, de abril a agosto. Las semillas eran,

entonces, cubiertas por una grada. Los *habitants* practicaban la rotación de tierras y alternaban el cultivo y el barbecho²¹.

El arado se hacía con bueyes y caballos. Los bueyes brindaban, además, carne y cueros. En primavera, se araba la tierra, y se cultivaban la huerta y el jardín, faenas en las que participaban mucho las mujeres. A mediados del verano, se preparaban las guadañas, y en setiembre llegaba la cosecha. Luego de la siega, se levantaban las cercas internas para permitir el pastaje del ganado. En los comienzos del invierno, se mataba parte de los animales: cerdos, ovejas y vacas. Había mucho tiempo para la trilla, realizada entre enero y febrero.

Comercialización

Toda una gama de comerciantes rurales surgieron antes y después de la conquista británica. Lejos de ser monopolístico, el comercio del trigo estaba en manos de varios mercaderes que competían entre sí. A ese núcleo de comerciantes residentes se sumaba la competencia de los mercachifles ambulantes; por eso, el comerciante no podía urgir al campesino a pagar su deuda. En los años de malas cosechas, tenía que ofrecer otros servicios para aumentar la captación del trigo, como almacenar éste, sin cargo, a los *habitants*²². Los campesinos eran excelentes regateadores. Había pagos en dinero, pero el crédito dominaba las transacciones²³.

Mercado

El mercado para la producción triguera de Quebec fue, hasta bien entrado el siglo XVIII, muy limitado. La competencia que le ofrecieron otras colonias y la débil demanda del mercado interno pusieron límites precisos a la agricultura canadiense. La población era muy escasa y, aunque crecía al abrigo de una formidable tasa de fertilidad, seguía siendo limitada en términos absolutos.

²¹ DESSUEREAL, *ob. cit.*, p. 385.

²² Allan GREER, *The people of New France*, Toronto, University Press, 1997, p. 32.

²³ Ídem, *ibidem*, pp. 16-29.

| Población del Canadá | |
|----------------------|--------|
| 1610 | 20 |
| 1640 | 700 |
| 1700 | 1500 |
| 1760 | 70 000 |

Hasta principios del siglo XVIII, la agricultura canadiense era básicamente de subsistencia, con un campesinado homogéneo y autosuficiente. Luego de la erección de la fortaleza de Louisbourg en 1713, y después de 1730, comienzan las exportaciones de trigo y de harinas. Pero recién después de la conquista británica y del acceso del Canadá a los circuitos británicos, se presenta una oportunidad de competir. A partir de entonces, surge el proceso de comercialización del agro quebequés.

Mano de obra

El acceso a la tierra y al autoempleo en el marco de una población pequeña creó condiciones para la escasez de brazos. Los campesinos explotaban, fundamentalmente, la mano de obra familiar y de manera ocasional, en tiempos de la cosecha, la mano de obra asalariada. Además del trabajo asalariado, se recurrió con escaso éxito a la coacción laboral, mayormente a los *engages*, siervos contratados que se obligaban a servir, por un período de tres años, con un pequeño salario, casa, comida y un pasaje de regreso. La reluctancia de los franceses a emigrar y la falta de atractivos de la región determinaron que muchos regresaran a Francia al vencer su contrato. Se los empleaba en la carga y descarga de los barcos, en las construcciones y el desmonte de los campos. También, los empleadores contrataban a soldados.

La esclavitud tuvo un papel más marginal en la población y en la economía del Valle. No todos los esclavos eran negros; la mayoría eran esclavos indígenas (los panis), empleados en el servicio doméstico²⁴. No había riqueza ni capital suficiente para comprar masivamente esclavos²⁵.

²⁴ Catherine DESBARATS, *Agriculture within der seigneurial in eighteenth century Canada, some thoughts on the recent literature*.

²⁵ GREER, *The people of New France, ob. cit.*, p. 164.

El trabajo asalariado, en no poca medida, se reclutaba entre los pequeños campesinos que completaban su ingreso parcelario con el jornal. Como queda dicho, en el inicio del siglo XIX surge una capa de proletarios sin tierras.

En los primeros años del siglo XIX, cayeron las exportaciones de trigo de Quebec, y la región se precipitó en una crisis. Los historiadores no coinciden en las causas y su magnitud. Para Fernand Ouellet se debió al carácter conservador de los campesinos y a un nivel técnico atrasado. Para Wallot la región se había modernizado, la demanda externa de trigo no era estable, y los campesinos eran racionales en sus decisiones²⁶. No fue la demanda externa, sino mas bien la demanda doméstica. El trigo canadiense costaba mucho más que el de las colonias británicas²⁷. Algunos *habitants* se dedicaron a otros cultivos, como el de la papa. Después de 1802, el sector agrícola encontró crecientes dificultades para abastecer el mercado a medida que la población crecía vertiginosamente. Las técnicas agrícolas, sin ser modernas, no eran anticuadas²⁸. En todo caso, la ineficacia del agro canadiense no está probada²⁹.

LA PAMPA

Encomienda y encomenderos

Como era habitual, el conquistador, al refundar la ciudad, repartió tierras y encomiendas. Se distribuyeron 64 encomiendas, con un total de 600 indios. A fines de la década de 1590, se procedió a un nuevo reparto³⁰. Al principio, hubo momentos duros, y algunos vecinos regresaron a Asunción o alquilaron a sus indios. El núcleo de encomenderos peninsulares había invertido en tierras, cría de ganados, agricultura, molienda, caza de ganado cimarrón y, además, controlaba el cabildo³¹.

²⁶ GREER, *ob. cit.*, p. 126.

²⁷ Gilles PAQUET y Jean Pierre WALLOT, "The agriculture crisis in lower Canada, 1802-1812", *Canadian Historical Review*, june 1975, pp. 133-149.

²⁸ Jacques LE GOFF, "The agriculture crisis in Lower Canada 1802-1812 a review of a controverse", *Canadian Historical Review*, march 1974, p. 160.

²⁹ DESBARATS, *ob. cit.*

³⁰ Roberto RODRÍGUEZ, *Encomiendas y encomenderos de Buenos Aires* (inédito). Eduardo SAGUIER, "El mercado de mano de obra indígena liberta y mestiza y su impacto en el estado colonial", *Cuadernos de Historia*, N.º 13, Santiago, Universidad de Chile, 1993.

³¹ Ídem, *ibidem*.

Pronto, la ciudad fue recibiendo a fuertes comerciantes, algunos de ellos, portugueses, que controlaban el metálico, el crédito y la trata de negros. Se conformaron dos bandos rivales: los beneméritos, que agrupaba a los viejos pobladores y a sus descendientes y el de los recién llegados, que recibió el mote de confederados y ganó la partida a mediados del siglo XVII. Los dos grupos trabaron relaciones recíprocas hasta conformar un sola elite. Los comerciantes se casaron con las hijas de los encomenderos y así accedieron a la tierra³².

Bien pronto, la encomienda pampeana revelaría su fragilidad: los indios constituidos en bandas se fugaban, y en general, el control que ejercían los encomenderos sobre sus tributarios era tenue. En 1650, la encomienda era ya "una pálida sombra" y estaba al borde de la extinción. Las encomiendas quedaron reducidas a 25, de tres a diez indios.

Los escenarios de la vida rural

En la campaña bonaerense, la producción agropecuaria en chacras y estancias ya está presente al rayar el siglo XVII. Las primeras chacras eran establecimientos casi exclusivamente agrícolas, en tanto que las estancias, ya entonces, combinaban la agricultura con la ganadería. De esta manera, la palabra estancia designaba más que nada el tamaño y la ubicación de las explotaciones y no, fundos exclusivamente ganaderos. Contaban con viñas para la producción de vino, y algunos eran casi exclusivamente viñedos. En 1639, una veintena de estancias tenía un promedio de 1200 a 1500 cabezas de ganado; en otras palabras, los rodeos de las estancias del siglo XVII en Buenos Aires tendían a ser reducidos³³. Era la época de auge del cimarrón y de la vaquería. Además de vacunos, aquéllas criaban ovinos y equinos y tendían a contar con herramientas de carpintería, herrería y tahonas.

El utillaje agrícola que podía hallarse tanto en chacras como en los establecimientos ganaderos incluía arados, azadas, azadones y hoces. Dos estancias tuvieron, además, elementos para la fabricación de vinos³⁴.

³² Jorge GELMAN, "Economía natural y economía monetaria, los grupos dirigentes de Buenos Aires en el siglo XVII", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 1986, p. 5.

³³ Rodolfo GONZÁLEZ LEBRERO, *La pequeña aldea*, Buenos Aires, Biblos, 2002, p. 131.

³⁴ Ídem, *ibidem*.

Buena parte de los campos contaba con casas "principales", que oficiaban de viviendas con sala y con uno o dos aposentos. Las paredes eran de adobe, y los techos, de paja. La casa de la estancia Leonor Martel de Guzmán tenía puertas y ventanas. En algunos establecimientos, los aposentos fueron utilizados como corrales o galpones. Para la protección de las sementeras y de las viñas, se usaron tapias de cañas o de palos, unidos con cueros y combinados con zanjas³⁵.

En el siglo XVIII, la cría de ganado y la agricultura pampeanas conocieron un proceso de expansión y de consolidación, debido tanto al incremento de las exportaciones de cueros como al crecimiento del mercado urbano para la carne y el trigo. La estancia colonial bonaerense del XVIII seguía siendo, sin embargo, un establecimiento modesto en el marco de una ganadería en la que predominaban las pequeñas y las medianas explotaciones. El casco era, más bien, un conjunto humilde, compuesto por una casa o un rancho, con techados de paja, que oficiaba de vivienda del estanciero, y de otro, que hacía de cocina. El mobiliario era pobre y sumario: una mesa y un par de sillas rústicas, y a veces, un baúl y un catre completaban el conjunto³⁶.

Las instalaciones incluían uno o dos corrales de postes de ñandubay y un pozo de balde, y en algunas estancias, un horno de cocer pan y, quizás, una tahona o un galpón.

La presencia de herramientas de carpintería era habitual, y frecuente, la de instrumentos de labranza. Algunas estancias del norte y del oeste de la campaña bonaerense tenían, además, telares y peines para tejer³⁷.

El *stock* ganadero era diversificado; criaban vacunos, equinos, ovinos y mulares. La estancia "típica" tenía, así, 2500 hectáreas, 790 vacunos, 12 bueyes, 300 equinos, 40 mulares y 490 ovinos. No era infrecuente que las estancias del XVIII contaran con un monte de árboles donde solían predominar los frutales, especialmente los durazneros, que aportaban leña al establecimiento. En otras ocasiones, no había más que un simple ombú³⁸.

Las chacras porteñas de fines del siglo XVIII eran unidades productivas de menor valor que las estancias. Eran establecimientos predominantemente

³⁵ Carlos MAYO, *Estancia y Sociedad en la Pampa*, Buenos Aires, Biblos, 1995, p. 41.

³⁶ Ídem, *ibidem*.

³⁷ Juan Carlos GARAVAGLIA, "Las estancias en la campaña Santa Fe-Buenos Aires 1730-1815", en FRADKIN, Raúl O., *La historia agraria en el Río de la Plata. Los establecimientos productivos*, Buenos Aires, CEAL, 1993, vol. 2, p. 157.

³⁸ *Ibidem*, pp. 172-177.

agrícolas con una dotación de animales, especialmente bueyes, novillos, algunas vacas lecheras y otras de vientre. Muchos chacareros eran productores pequeños o medianos, sin títulos de propiedad sobre la tierra, que se basaban casi exclusivamente en el trabajo familiar.

Todas estas eran propiedades laicas. Las estancias de la Iglesia, y en particular, las de las órdenes religiosas, aunque tendían a asemejarse a las seculares, tenían algunas particularidades que solían distinguirlas del conjunto. En la campaña bonaerense, las estancias de los conventos suelen alcanzar cifras mayores que las del promedio de los estancieros laicos y, a veces, se encuentran entre las más grandes del pago, como la estancia de Arrecifes de la orden betlemita: con esclavos y con un casco más sólido y mejor construido que el de los establecimientos seculares, y además, a diferencia de éstos, rara vez falta un oratorio. Así, la estancia Nuestra Señora del Rosario de los dominicos, situada en el pago de Magdalena, tenía casi 3000 varas de frente, una casa de ladrillo y teja con sus corredores, una sala de tres tirantes, un aposento y un cuarto que oficiaba de despensa. Había también dos cuartos pequeños para los esclavos y un oratorio. La cocina funcionaba en un rancho de paja. El mobiliario era más sencillo: dos mesas, dos catres y dos escaños eran las austeras comodidades que ofrecía el establecimiento.

Los estancieros

Las formas de vida de los estancieros en el siglo XVIII ofrecen variantes, según el nivel de ingresos y la región de que se trate. En la campaña bonaerense, el grueso de los estancieros llevaba una vida más bien modesta y desprovista de grandes lujos. Se trataba, en su mayoría, de pequeños y de medianos criadores de ganado. Salvo los más ricos, con casa en la ciudad y residencia en ella, el resto vivía en el campo y vigilaba personalmente sus rodeos³⁹. Solían ser analfabetos: el 67% de los ganaderos del pago de la Magdalena y el 78% de los de la Matanza no sabían firmar sus nombres. De una muestra de 75 medianos estancieros que testaron en Buenos Aires, 35 eran iletrados. Y los que sabían leer y escribir no tenían el hábito de la lectura. Sobre un total de 101 inventarios de estancia, sólo una o dos revelan la existencia de libros. El caso del estanciero Francisco Álvarez tiende a ser, en este sentido, excepcional: tenía 11 libros en su establecimiento de campo⁴⁰.

³⁹ MAYO, *ob. cit.*, p. 93.

⁴⁰ Sucesiones 3861, Archivo General de la Nación.

Las viviendas de los estancieros bonaerenses eran modestas y, a veces, casi miserables. Los que residían en el campo vivían en ranchos o en casitas de adobe techadas de paja. Pocas tenían techo de teja, señal de cierto estatus y buen pasar. Los que poseían residencia en la ciudad tenían casas cuyo valor promedio era de 2200 pesos. Se trataba de moradas mucho más modestas que las de los comerciantes de la capital virreinal, cuyo valor promedio rondaba los 16 220 pesos⁴¹.

El vestuario del estanciero medio era poco o nada pretencioso; vestía poncho, una chupa, y calzón. El calzado se reducía a una bota de potro, y rara vez usaba medias o zapatos. Los más pobres carecían de tenedores y cucharas⁴².

Entre los bienes de aquellos ganaderos solía encontrarse una guitarra, y casi nunca faltaba un asador⁴³. Los más ricos tendieron a imitar el estilo de vida de la elite. Así, **Januario Fernández**, fuerte estanciero de la Magdalena que dejó, al morir, un patrimonio valuado en 52 788 pesos. Era propietario en su estancia de una confortable casa de piedra, valuada en 1000 pesos, y de una casa en la ciudad. El mobiliario de su residencia urbana incluía tres mesas, treinta sillas, y dos escritorios; su guardarropa consistía en seis chaquetas cortas, cinco trajes completos, tres chalecos, una capa corta, dos sombreros, cinco camisetas, cuatro pares de pantalones, dos ponchos, un par de botas, un par de zapatos y cuatro pares de medias. Dejó, además, platería y un coche. **Januario Fernández** legó 16 esclavos y casi 5000 cabezas de ganado⁴⁴.

En el otro extremo del espectro social, el pobre **Fausto Gómez** sólo pudo amasar un patrimonio despreciable, valuado en solo 192 pesos. Su rancho estaba en ruinas, y no dejó más ropa que la que tenía puesta cuando murió. Su ganado no pasaba de las 146 vacunos, 9 potros y 21 corderos⁴⁵.

Los estancieros bonaerenses, como sus colegas del interior, eran personas de acendrados sentimientos religiosos. Los más ricos se vinculaban a las terceras órdenes o se enrolaban en las cofradías de la ciudad, de las que la de San Francisco era la preferida.

⁴¹ MAYO, *ob. cit.*, p. 32.

⁴² *Ídem*, *ibidem*, p. 60.

⁴³ *Ídem*, *ibidem*.

⁴⁴ Sucesiones 5873, Archivo General de la Nación.

⁴⁵ Sucesiones 4303, Archivo General de la Nación.

Sin recursos para construir oratorios en sus estancias, solían, sin embargo, contar en ellas con imágenes de santos o de la Virgen.

Los pequeños criadores eran verdaderos campesinos pastores. Sin títulos de propiedad sobre la tierra, explotaban sus pequeñas estancias sobre la base del trabajo familiar. Vivían de sus cortos rebaños, tomaban la leche de sus vacas lecheras, fabricaban sus quesos, utilizaban la lana para tejerse su propia ropa, criaban bueyes para uncirles el yugo, trabajaban con sus caballos, criaban alguna mula y cuando había algún excedente, la vendían; algunos novillos, unas pocas pelotas de grasa, algo de sebo y un poco de trigo⁴⁶.

Los peones

Un viajero los describió crudamente: la mirada "torva y vengativa", la nariz chata, tan chata como las caras; los "largos cabellos negros flotando sobre los hombros"; la barba rala; el color cobrizo. El conde de Liniers no vacilaba en definirlos como "la casta de ombres... más extraordinaria que exista bajo el globo...", entre otras cosas porque "roban sin remordimiento, asesinan sin pasión, y reciben el castigo sin vergüenza". Los peones eran, al parecer, tipos humanos inconfundibles en la llanura pampeana.

Los que trabajaban en las estancias de la campaña rioplatense exhibían una gran autonomía y un comportamiento errático en el empleo. Así se conchababan por poco tiempo, a veces solían faltar al trabajo y rara vez volvían a emplearse en el mismo establecimiento.

Se contrataban por día para la yerra, la cosecha y los apartes, o por mes para las tareas más permanentes. Trabajaban de sol a sol, como veremos, pero había momentos en que los asalariados descansaban y se distendían⁴⁷. El almuerzo era uno de ellos. Se comía en la cocina de la estancia, cuando se hacían asados, y aquella se llenaba de humo. Era habitual que, además del salario, el patrón les diera casa y comida. La yerra veía "amanerarse" la monótona dieta del peón rural: corría abundante el aguardiente, y las estancias compraban para esos días cebollas, tocino, morcillas, verdura, ají, pimienta, comino, yerba y hasta pasas de uva. Pimienta, comino, ají, grasa, ¿para qué? Pues para esos "guisaditos" tan habituales en el campo del período colonial

⁴⁶ GARAVAGLIA, *ob. cit.*, p. 35.

⁴⁷ MAYO, *ob. cit.*, p. 108.

tardío. La dieta del peón rural no se limitaba, pues, a la carne asada⁴⁸. La noche sorprendía al peón menos afortunado acostado sobre el suelo, a cielo abierto, sin más almohada que su recado ni más frazada que su poncho. Pero no todos los trabajadores dormían a la intemperie. Algunos lo hacían debajo de ramadas; otros —como los que trabajaban en las estancias de García de Zuñiga en Entre Ríos—, en galpones, y finalmente, no faltaban los que eran acogidos en el rancho del patrón. El hacinamiento era la norma⁴⁹.

Llegaba el domingo, y las actividades laborales en la estancia cesaban. Era el día de descanso. ¿Qué hacía entonces el trabajador rural? Acudía en masa a la pulpería más próxima a beber y a jugar. Los domingos, también los peones y sus ocasionales mujeres lavaban su ropa y se peinaban los largos cabellos.

La paga variaba según la disponibilidad de la mano de obra, las condiciones del conchabo —si se había contratado por día para las faenas estacionales o, por el contrario, por meses corridos— y el grado de calificación del trabajador rural, que era, por lo general, muy bajo, aunque se esperaba de él que realizara las más diversas tareas. Los salarios del trabajador que se contrataba por corto tiempo para realizar las tareas estacionales o temporarias eran, por lo general, más altos que aquellos que servían por mes⁵⁰. La siega comandaba jornales altos. En 1780, los segadores⁵¹ contratados en la Chacarita que había sido de los jesuitas⁵² cobraban cuatro reales por día, y los ocupados en la trilla, cinco reales diarios, aunque los “muchachos” no percibían más que dos reales por jornada⁵³.

En la yerra, la paga era también más elevada. Seis peones con sus 11 caballos recibieron un peso por día en la estancia de Fontezuelas de los Betlemitas en 1759. Cincuenta años más tarde, los dominicos pagaban seis reales por día a cada uno de los peones contratados para la marcación. Los apartes de ganado también se pagaban bien⁵⁴.

⁴⁸ MAYO, *ob. cit.*, p. 125.

⁴⁹ Ídem, *ibidem*, p. 128.

⁵⁰ Ídem, *ibidem*, p. 121.

⁵¹ Libros de cuentas de la estancia, Archivo del Convento de Santo Domingo.

⁵² MAYO, *ob. cit.*, p. 133.

⁵³ Ídem, *ibidem*, p. 133.

⁵⁴ Ídem, *ibidem*, pp. 133-136.

El salario de los peones mensuales de la pampa oscilaba entre los seis y los siete pesos, y los domadores podían recibir pagas más altas aún. El trabajo a destajo no era desconocido en la estancia colonial. Así, los que en Buenos Aires se conchababan en la siega podían llegar a cobrar entre cuatro y cinco pesos la fanega, según el grado de limpieza del trigo. Pero más importante que saber el monto del salario resulta conocer cómo y de qué manera se pagaba. Típicamente, la remuneración del peón se efectuaba en adelantos de plata y especies que se deducían del monto del salario convenido⁵⁵. La variable magnitud de uno y otro componente, el metálico y los “géneros”, era la resultante de la tensión entre la voluntad del estanciero y el poder de negociación del peón. Los estancieros preferían pagar salarios con un alto porcentaje de especies porque lograban reducir el costo salarial y obtenían pingües ganancias al entregarlas sobrevaluadas⁵⁶.

¿Cuáles eran las especies que solían integrar la remuneración salarial de las estancias pampeanas durante el siglo XVIII?

Los productos textiles —especialmente la bayeta, el lienzo, el pañete y otros— constituían las especies más solicitadas por los conchabados. Es notable la ausencia de alimentos entre los retiros efectuados por aquéllos, lo cual revela su relativa independencia de la estancia. A fines del período colonial, eran más habituales las asignaciones de ropa ya confeccionada⁵⁷. Pero los peones preferían plata. A veces, llegaban a embolsar el 50% de su salario en ella, aunque por lo general la proporción de metálico en el salario del trabajador rural pampeano era inferior a ese porcentaje⁵⁸.

Los trabajadores asalariados de la estancia colonial en la Argentina no configuraban una nítida clase social. Algunos eran campesinos que complementaban sus ingresos parcelarios con el salario; otros eran ex cuasi proletarios devenidos pequeños campesinos, y finalmente, estaban los que no tenían más bienes que la fuerza de sus brazos. Con apenas un hato de ropa y uno o dos caballos, cuando los tenían, estos últimos llevaban una vida itinerante, eran en su mayoría solteros, y cuando formaban pareja, lo hacían ocasionalmente en uniones consensuales. A fines del período colonial, no vestían aún chiripá, que recién estaba siendo adoptado por las clases populares

⁵⁵ MAYO, *ob. cit.*, p. 131.

⁵⁶ Libro de cuentas de la estancia, Archivo del Convento de Santo Domingo.

⁵⁷ MAYO, *ob. cit.*, pp. 139-140.

⁵⁸ Ídem, *ibidem*, pp. 143-146.

del campo, sino calzones, calzoncillos, camisa, poncho, bota de potro; a veces, un chaleco o una chaqueta, y siempre, un sombrero. Un viajero recordaba haber visto unos peones luciendo grandes espuelas de bronce.

Los esclavos

Los esclavos negros tuvieron una presencia y un papel más importante de lo que se creía en el mundo rural pampeano; en otras palabras, la esclavitud de origen africano no fue sólo un fenómeno urbano. Se los encontraba tanto en los campos del litoral como en las economías agrarias del interior. La escasez de formas de mano de obra alternativas y, en algunas regiones como la pampa, la misma inestabilidad de los trabajadores libres asalariados hicieron aconsejable la inversión en esclavos negros en las zonas rurales.

¿Qué funciones cumplían? Más sencillo sería preguntarse qué funciones no cumplían, pues la versatilidad del trabajo esclavo en nuestra economía agraria fue proverbial. En la estancia colonial pampeana, se esperaba que el esclavo cumpliera con todas las tareas que se exigían a los trabajadores libres. Así se los vio participando activamente tanto en las faenas temporarias como en las permanentes. De esta manera, los esclavos negros tenían un papel importante en la cosecha y en la trilla del trigo, participaban en la yerra y en los apartes de ganado, domaban potros para rodeo, vigilaban la huerta, cazaban perros cimarrones, hacían cueros y donde había una atahona o un horno de ladrillos, allí estaban ellos. Pero la función acaso más típica del negro en la estancia rioplatense, y no solo en ella, como veremos, fue la de capataz. En rigor de verdad, la esclavitud fue perfectamente funcional con la economía ganadera. Todas aquellas actividades exigían que el esclavo negro se desplazara a caballo, lo que le daba una gran autonomía.

Las condiciones de vida material variaban de un lugar a otro y, en general, parecen haber sido bastante tolerables, por lo menos en la pampa colonial. Por lo común, la vivienda asignada allí a los esclavos era más sólida y estaba rodeada, en las estancias grandes, de una mayor privacidad que las de los peones libres. Los betlemitas y los dominicos los albergaban en cuartos especialmente destinados a ellos en el casco o cerca de él. Los jesuitas tenían ranchería en su campo de Areco. Ésta tenía cuatro cuartos de media agua y paredes levantadas y diez y ocho cuartos de media agua. Se la tasó en mil pesos: mucho más que la vivienda de un estanciero medio de la región.

Los esclavos recibían una ración de tabaco, yerba, papel, y a veces, metálico. Desde luego, esa ración podía disminuirse en casos de apuros económicos y no siempre era repartida puntualmente. Como en el ingenio brasileño, las prácticas en torno a la alimentación y el vestido estaban divididas en la pampa. Algunos estancieros permitían que los esclavos tuvieran su propio ganado o cultivaran parcelas para subvenir a sus necesidades; en tanto que otros corrían con los gastos completos de avituallamiento y alimento de su servidumbre negra⁵⁹.

La dieta era similar a la del peón, y la carne era muy importante en ella. Es probable que los esclavos de la estancia colonial bonaerense estuvieran mejor alimentados que sus camaradas de la plantación azucarera. Sin duda, contaban con una buena base de proteínas. Los dominicos incluían frutas en las asignaciones alimentarias de los esclavos de su estancia al sur de Buenos Aires, y también, pescado en cuaresma.

Los esclavos vestían calzones, ponchos, gorros y camisas, y a veces, chaquetas. La ropa no sólo tendía a cubrir una necesidad básica del negro, sino que también era empleada como un incentivo para alentar su lealtad y premiar su productividad. Era una de las “gratificaciones” a que echaba mano el estanciero para estimular la producción. Además y como producto de su trabajo en la estancia, el negro rioplatense cargaba cuchillo, y éste, a su turno, se convertía en un poderoso aliado de su autonomía.

El gaucho

El gaucho —el gauderio, según lo mentan las fuentes más antiguas— fue, sin duda, uno de los tipos sociales más peculiares que produjo la ganadería rioplatense colonial. Gauderio o gaucho era, según la versión oficial, el cuatrero que había hecho del robo y el faenamiento clandestino de ganado un medio de vida; era el vago, el malentretenido; un trasgresor. Otras fuentes coloniales tardías —en menor número— también llaman gaucho al peón, al jornalero. ¿En qué quedamos? ¿Gaucho es el vagabundo o el peón que trabaja por un salario? En rigor, puede ser ambas cosas. El vagabundo de la llanura colonial, ese que según algunos testimonios “nunca se conchaba”, era, en realidad, un vagabundo de tiempo parcial. En efecto, lo característico del gaucho es que fluctuaba entre la inactividad productiva y el trabajo

⁵⁹ MAYO, *ob. cit.*, pp. 145-146.

asalariado, entre el "ocio" y el trabajo. Cuando no trabajaba por un salario, estaba "ocupado" en otras actividades. Una de esas "actividades" realizadas al margen del mercado de trabajo era el robo de ganado. Se ha hablado de grandes sustracciones de ganado, pero la verdad es que el cuatrero de la pampa colonial robaba poco ganado, apenas o una o dos mulas, un par de caballos o tres o cuatro novillos. Robaba para vivir y no vivía para robar, como sostenía el Cabildo de Buenos Aires. ¿Por qué robaba en pocas cantidades? Porque, por lo general, actuaba solo o con uno o dos compinches. Las bandas de cuatros eran raras en la campaña bonaerense.

Una vez robado el ganado, el cuatrero debía deshacerse de él al mejor precio posible. Una salida era sacrificar los novillos hurtados, sacarles el cuero y la grasa y vendérselos al pulpero más próximo, que rara vez preguntaba el origen de los productos pecuarios que compraba. La otra, también frecuente, era vender en otro pago el ganado sustraído a precios más bajos que los del mercado.

El gaucho tenía una vaga conciencia de que el ganado que había sustraído tenía dueño, pero no asignaba al derecho de propiedad una extensión tan lata como la que manejaban el estado y los hacendados.

Otra "actividad" a la que se dedicaba el vagabundo era, desde luego, el juego. Algunos gauchos se convirtieron en jugadores profesionales: vivían del juego; otros, en cambio, jugaban para matar el tiempo y divertirse.

No faltaron, empero, acusados de vagabundos, que eran pequeños criadores de ganado o labradores minúsculos, los que entre conchabo y conchabo cuidaban sus animales o sus sementeras.

¿Quiénes eran estos vagabundos, estos malentretenidos? No todos los gauchos eran mestizos, como se ha sostenido. Los había indios hispanizados, negros libres, y españoles pobres. Eran gente joven, por lo común soltera, y de escasos bienes, como el gaucho José Gorosito:

Bienes de José Gorosito

- 1 pañuelo de algodón colorado
- 1 armador de platilla con delantera de angaripola
- 1 cupido de platilla, usado
- 2 madejas de hilo blanco
- 1 cajetilla nueva
- 1 cincha con cinco argollas

- 1 carona
- 1 freno
- 1 jerga de recado
- 1 par de estribos de bronce ordinario

Algunos de estos vagabundos llevaban la típica vida errante del gaucho, circulaban de pago en pago y recorrían las pulperías solicitando juego. Otros, en cambio, eran residentes en el pago; los había migrantes del interior y nacidos en la llanura pampeana.

Arrendatarios y agregados

En la base de la sociedad rural, estaban los arrendatarios y los agregados. El arrendamiento estaba difundido en los campos institucionales y en los de propiedad privada. No eran una categoría social, sino diversos tipos de propietarios unidos entre sí por un mismo tipo de relación jurídica con la tierra.

El arriendo de estancia se pagaba en ganado o en plata; la tierra de chácara se abonaba con semillas de trigo. Había arrendatarios de gracia que no pagaban, pero cumplían el papel de legitimar los derechos legales⁶⁰ sobre las tierras del propietario. El pago de los tributos se hacía anualmente y en acuerdos orales⁶¹. Los propietarios se quejaban del bajo valor de arrendamientos, que era de unas cuatro fanegas. El peso del arrendamiento, las primicias y el diezmo representaban el sesenta por ciento de la cosecha⁶². Los arrendatarios eran, por lo general, muy inestables.

Los agregados configuraban el primer paso en el proceso de "campesinización". No es fácil conocer sus caracteres, porque eran pactados verbalmente entre las partes y la costumbre del país. En efecto, la relación era verbal y consistía en el usufructo de una parcela a cambio de prestaciones laborales. La agregación no se basaba en el pago de un salario, sino en un intercambio de tierra a cambio de trabajo.

El pleito que enfrentó al negro Agustín Coronta con Nicolás Caminos desnuda como pocos la relación que los ligaba. Coronta denunció a Caminos

⁶⁰ Raúl FRADKIN, "Labradores al instante, arrendatarios eventuales, el arriendo rural en época colonial", *Problemas de Historia Agraria*, IEHS, Tandil, 1995, p. 55.

⁶¹ Ídem, *ibídem.*, p. 54.

⁶² Ídem, *ibídem.*, p. 74.

el no pagarle el salario por su trabajo. Caminos se negó a pagarle, pues el trato era otro: alegó que, a cambio de su trabajo, le ofrecía comida y el derecho a pastorear los caballos en su propiedad⁶³. Tampoco implicaba el pago de un arrendamiento.

Ideológicamente, la agregación se sustentaba en un intercambio de "sentimientos": el estanciero recibía en sus tierras "por compasión" al agregado, y éste trabajaba para él en señal de agradecimiento.

¿Quiénes eran los agregados? Muchos eran migrantes del interior, especialmente santiagueños, cordobeses y paraguayos. La mayoría eran jóvenes y solteros. Los había indios, negros y españoles.

Procedencia geográfica de los agregados

| Región | 1744 |
|---------------------|------|
| Buenos Aires | 11 |
| Santiago del Estero | 12 |
| Paraguay | 18 |
| Córdoba | 13 |
| San Juan | |
| Tucumán | 2 |
| España | 4 |
| Portugal | |
| Corrientes | 2 |
| Santa Fe | 22 |
| Total | 69 |

Fuente: Padrón de 1744.

Técnicas

El utillaje agrícola incluía un arado sencillo, con su punta de metal llamada reja. También estaban en uso palas, azadas, zarandas, hoces, horquillas y rastrillos, y también para sembrar, el palo cavador. La siembra se hacía de dos maneras: mateado y a chorro. Mateado era un método indígena: se hacían hoyos en la tierra, y se depositaban las semillas en el otro; las semillas se tiraban al boleó en los surcos, se pasaba el arado y luego la rastra⁶⁴. El ciclo

⁶³ Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 5.3.34.2.

⁶⁴ GARAVAGLIA, *ob. cit.*, pp. 182-209.

triguero comenzaba en junio, y el trigo y la cebada tenían el mismo calendario. En setiembre, se iniciaba el cultivo de maíz, asociado con el del frijol y el zapallo⁶⁵. En noviembre, se preparaban la trilla y las eras⁶⁶. En diciembre, comenzaba la cosecha.

El pisoteo y el abono tenían un lugar después de la cosecha. El rastrojo era utilizado como alimento.

No se produjo cambio alguno en las técnicas, salvo el balde volcador.

Comercialización

En una región tan prontamente ganada por la mercantilización, la pulpería no faltó desde los comienzos del agro y llegó a su cenit a fines del siglo XVIII, con un total de 100 pulperías y un promedio de una pulpería por cada 100 habitantes. La variedad de mercancías era realmente notable. Un muestreo de los productos en venta en 9 pulperías arroja un total de 143 productos distintos. En primer lugar, alimentos y bebidas, las que no se limitaban al vino y al aguardiente. Había mistela, anís, anisete y otras. Los alimentos sumaban 31 productos diferentes, como arroz, azúcar, pescado, pan, fideos, pasas, orégano y otros, como yerba, miel y queso. También vendían vajilla, cuchillos, aperos (en total 43 productos); y otros artículos, como jabón, cueros y tabaco⁶⁷. Lo que esta variedad revela es la magnitud alcanzada por la dependencia del mercado de la sociedad rural.

Las pulperías desempeñaron un papel importante como proveedoras de crédito a los productores rurales y, también, interviniendo abiertamente en el negocio del trigo como expendedoras de pan.

Para la molienda estaban la atahonas, que se distribuían desigualmente. El grueso estaba concentrado en manos de un núcleo de panaderos que también poseían atahonas. Algunos atahoneros eran inmigrantes de menor prestigio social, y en la campaña, algunos eran estancieros. En los primeros años del siglo XIX, el número de los pequeños atahoneros tendió a bajar. El

⁶⁵ GARAVAGLIA, *ob. cit.*, p. 185.

⁶⁶ GARAVAGLIA, *ob. cit.*, p. 183.

⁶⁷ Carlos MAYO (director), *Pulperos y pulperías de Buenos Aires (1740-1830)*, Buenos Aires, Biblos, 2001, apéndice.

comercio de trigo, a pesar de ello, estaba lejos de ser monopolístico⁶⁸, y también estaba lejos de ser monopolístico el ingreso del ganado en los corrales⁶⁹.

Los historiadores difieren acerca de qué lugar ocupaban la ganadería y la agricultura en la pampa. Para Juan Carlos Garavaglia, la agricultura predominaba. En 1724, la cosecha fue de 22 674 fanegas, y de 119887 fanegas en 1798. Para Samuel Amaral, la ganadería predominaba abrumadoramente sobre la agricultura. El ganado abarcaba el 87% de las tierras de la región: 269200 hectáreas; la agricultura quedaba relegada a un área de 7500 y 15000 hectáreas, o sea, alrededor del 2% del total.

El *stock* ganadero no pasaba de las 300 000 cabezas en la década de 1740⁷⁰.

El consumo de trigo estaba calculado en 80 000 fanegas, y a fines de siglo XVIII, llegó a 96000 fanegas.

Mercado

La producción agraria de la región estaba ligada a tres mercados: el mundo atlántico, el Alto Perú y el regional, que era básicamente el mercado urbano local, el mercado porteño. La producción minera de Potosí cobraba impulso hacia el exterior permitiendo la introducción de productos manufacturados, hierro y esclavos⁷¹.

El puerto de Buenos Aires fue cerrado en 1594 y entreabierto, en forma precaria, en 1602, y retirada en 1618 con restricciones. El puerto siguió desempeñando un papel activo como enclave de contrabando.

¿Cuáles eran las exportaciones de la región? La plata constituyó el 80%, seguida de lejos por los cueros; y a principios del siglo XVII, la harina, los cueros, la cecina, y el sebo⁷².

⁶⁸ GARAVAGLIA, *ob. cit.*, p. 255.

⁶⁹ Ídem, *ibidem*, p. 109.

⁷⁰ SAMUEL AMARAL, *The rise of capitalism, the pampas 185-1870*, Inglaterra, Cambridge University Press, 1988, pp. 120-121.

⁷¹ ZACARÍAS MOUTOUKIAS, *Contrabando y control colonial en Buenos Aires*, Buenos Aires, CEAL, 1988, p. 70.

⁷² GONZÁLES LEBRERO, *ob. cit.*, p. 162.

La población, a principios del siglo XVII, era de 2300 individuos y no constituía en sí misma un mercado para la producción agrícola. Había, además, una población flotante, integrada por pasajeros en tránsito, esclavos soldados y militares⁷³, que fue generando una demanda de alimentos y de trigo.

De la cosecha anual (600 / 700 fanegas) se vendía más de un cuarto a la población flotante. Después de 1625, parte de la demanda se redujo a un octavo. Si a todo esto se le suman la demanda de la cosecha de maíz (1500-1750 fanegas que consumían los esclavos) y la demanda de ganado en pie, charque, cebollas, habas y sebo, es claro que buena parte de la producción tuvo una orientación mercantil⁷⁴.

El Alto Perú se constituyó hasta 1780 en el mercado privilegiado de las mulas.

Con el paso del tiempo, los cueros se convirtieron en la principal exportación de la región, después de la plata, como ya se dijo. Con el avance del siglo XVIII, la apertura del puerto de Buenos Aires y la creación del Virreinato del Río de la Plata, favorecieron la expansión y el crecimiento. La población fue aumentando rápidamente (de 24 000 en 1778 a 40 000 en 1810), y así aumentó la demanda interna de carnes y de trigo. El mercado urbano desempeñó un papel central en los ingresos de la estancia colonial.

Entre 1792 y 1799, los vacunos entrados a la ciudad alcanzaron un promedio de 46 000 cabezas. Entre 1812 y 1816, el ganado internado era de 72 7758 cabezas. Los cueros también crecieron considerablemente. Entre 1788 y 1796, se exportaba un promedio de 340 000, cifra que llegó a alcanzar los 676 000 cueros.

Fue el mercado urbano el gran demandante de animales en pie. Los ingresos más importantes eran los provenientes de la venta de novillos a la ciudad de Buenos Aires.

⁷³ GONZÁLES LEBRERO, *ob. cit.*, p. 164.

⁷⁴ GARAVAGLIA, *ob. cit.*, p. 64.

Ingresos pecuarios de una estancia pampeana
(en pesos de 8 reales)
1780-1800

| año | mulas | cueros | sebo | grasa | vacunos | arrendamiento |
|------|-------|--------|-------|--------|---------|---------------|
| 1780 | 534 | 117,0 | 133,0 | 182 | 294,4 | |
| 1781 | | 1000 | | | 377 | |
| 1782 | | 259 | 91,10 | 130 | | |
| 1783 | | 1416,1 | 26,4 | 56 | | |
| 1784 | 688 | 704 | | 48 | | |
| 1785 | | 342,4 | 34 | | | |
| 1786 | | | 95 | 67 | | |
| 1787 | | | | | | |
| 1788 | 200 | | | | | |
| 1789 | | 20,4 | 39,04 | 62,4 | 182 | |
| 1790 | 59 | | 25 | 1527,6 | 31,4 | |
| 1791 | | 176 | | 337,2 | 80,5 | |
| 1792 | | 410 | | 1317,1 | 42 | |
| 1793 | 111 | 194,4 | | 1750 | 50 | |
| 1794 | 215 | 160,3 | | 2682,1 | 40 | |
| 1795 | 362,1 | 45 | | 3580,2 | | |
| 1796 | | 28,6 | | 1543,6 | | |
| 1797 | | 733,4 | | 1511,2 | | |
| 1798 | | 336,5 | 34,7 | 4023 | | |
| 1799 | 1500 | 87,4 | 57 | 4965 | 50 | |
| 1800 | 1000 | 718,7 | 80,3 | 4313 | | |

Fuente: Archivo General de la Nación, Libro de recibo de la Estancia de Arrecifes (SALA XIII -XLVII- 6- 14).

Los novillos estuvieron a la cabeza en los ingresos de las estancias bonaerenses. Así, entre 1780 y 1800, la estancia de Arrecifes vendió 8008 vacunos, un total de 21 714 pesos de ocho reales, esto es un 46% del total de los ingresos en veinte años. Las cuentas de otras estancias tardocoloniales revelan un panorama similar, una impronta aún mayor del los ingresos en concepto de novillos. En la estancia Nuestra Señora del Rosario, entre 1796 y 1818, las entradas por la venta de vacunos representaban el 88,76% del total de los ingresos⁷⁵. También en la estancia vecina de Clemente López, la

⁷⁵ Libro de cuentas de la estancia, Archivo del Convento de Santo Domingo.

venta de ganado se llevaba “la parte del león” de los ingresos, representada por el 71,7% del total de las entradas, a fines del siglo XVIII⁷⁶.

El gran mercado local del trigo era también la ciudad-puerto, y los proveedores de la mayoría de ese cereal al mercado eran los labradores medianos y pequeños⁷⁷. La exportación de trigo estaba prohibida, y éste solo fue exportado en escasas ocasiones durante la segunda mitad del XVIII⁷⁸. El consumo de pan puede calcularse en 400 gramos diarios por persona⁷⁹.

La crisis de la agricultura pampeana

Después de la revolución de 1810, la agricultura pampeana sufrió una crisis, que provocada por la liberación de los aranceles de importación de harinas. Así, la harina estadounidense inundó el mercado porteño, y el sector agrícola local ya no fue el mismo⁸⁰.

Comparación

Aunque de cuño señorial, el señorío y la encomienda eran diferentes. La encomienda en el Río de La Plata, como en otras comarcas, era una forma de trabajo indígena compulsivo, más que el pago de un tributo en especie. A diferencia del señorío, la encomienda no implicaba legalmente una cesión de la tierra de los indígenas de la encomienda. Era heredable hasta la tercera generación y no permanente, como en el caso del señor. El encomendero carecía de jurisdicción sobre los indios encomendados y no administraba justicia, y el señor, sí. A diferencia de la encomienda, el señorío se ejercía sobre los colonos franceses, es decir, sobre un campesinado de extracción europea; en tanto que la encomienda recaía sobre otra etnia diferente de la propia. En la pampa, como en toda Hispanoamérica, el indio fue el explotado. En Nueva Francia, el indígena fue el socio y el aliado. Los franceses no

⁷⁶ AMARAL, *ob. cit.*, p. 34 y ss.

⁷⁷ GARAVAGLIA, *ob. cit.*, p. 262.

⁷⁸ *Ídem*, *ibídem*, p. 262.

⁷⁹ *Ídem*, *ibídem*, p. 255.

⁸⁰ *Ídem*, *ibídem*, p. 301.

lograron un control semejante sobre los nativos. La encomienda nació débil en la pampa y languideció con el paso del tiempo. En Nueva Francia, el señorío se fue consolidando a partir del siglo XVIII, y el sistema feudal se afirmó en el valle del San Lorenzo.

La extracción social de los primeros encomenderos de la pampa era más bien humilde; algunos de ellos eran mestizos. La nobleza española no tuvo ningún papel en la conquista y colonización del Río de la Plata. En Nueva Francia, la nobleza fue la más favorecida por la Corona a la hora de repartir los sensorios. En ambos casos, encomenderos y señores diversifican sus fuentes de ingresos invirtiendo en tierras y en molinos. Los señores, en el comercio de pieles; y los encomenderos, en los permisos para vaquear.

Muy pronto, los encomenderos de Buenos Aires cayeron ante el avance social y político de un grupo de ricos comerciantes tratantes de esclavos, que infundió a la sociedad un aire mercantil, sociedad que, sin embargo, no abandonó por entero los valores estamentales.

En el siglo XVIII, desaparecidos los encomenderos, los estancieros ocuparon la cima de la sociedad rural, pero su poder era limitado. Se trataba de medianos y de pequeños productores con muy pocos latifundios, que no crearon un estilo de vida propio y cumplieron muy mal su papel de *seigneurs* entre sus arrendatarios y demás clientes.

La economía pampeana era más compleja que la del Valle del San Lorenzo. Allí, la ganadería tenía una fuerte presencia; no así en Québec.

El grado de mercantilización de la economía rural pampeana fue mayor que en el valle laurentiano⁸¹ y empezó mucho antes. Los labradores y los estancieros dependían mucho del mercado para satisfacer sus necesidades y producían también para el mercado. Los *habitants*, en cambio, practicaron una agricultura de subsistencia orientada al autoconsumo. La relación entre la producción de ambas regiones y el mercado era muy desigual. La pampa exportaba a tres mercados complementarios; en tanto que el trigo de Québec no tuvo una salida externa hasta bien entrado el siglo XVIII, y además, el mercado interno fue débil.

⁸¹ Eduardo SAGUIER, *The uneven incorporation of Buenos Aires into the world in the seventeenth century, the impact of commercial capitalism under the iberian mercantilism of the Habsburgs*, (PhD. Dissertation), University of Washigton, 1983.

La sociedad rural de ambas regiones presenta algunos contrastes. En primer lugar, la estructura social pampeana era más compleja y estaba más estratificada; en tanto que el valle contaba con un campesinado homogéneo. Recién a principios del siglo XIX, ambas sociedades empiezan a parecerse.

Casi en la misma época, dos agriculturas entraban en crisis. El nivel técnico, el utillaje agrícola y los métodos de cultivo en la pampa y en Québec se asemejaban. Ambos eran tradicionales, sin innovaciones técnicas, pero adecuados para el lugar y la época. Los medios de producción estaban desigualmente repartidos en las dos áreas a fines del siglo XVIII. El productor rural del Río de la Plata tuvo una ventaja sobre el *habitant*: pudo poner de inmediato su parcela en producción; en cambio, su congénere canadiense tuvo que hacer ingentes esfuerzos para el desmonte y la tala del bosque. La tenencia de las tierras era más segura para los *habitants* que para los labradores pampeanos; pero la dependencia del *habitant* del molino del señor no tuvo su contracara en la pampa, donde el labrador podía elegir a quién habría de moler su trigo. En cuanto a la mercantilización del mundo rural, una amplia oferta de comerciantes brindaba alternativas al productor agrícola. ¿Quién explotaba al campesino canadiense? Hasta cierto punto, el señor y el cura; en cambio, el labrador pampeano fue explotado por el tahonero y, sobre todo, por el panadero.

A fines del período, el valle de San Lorenzo y la pampa se asemejaron cada vez más. En el Río de la Plata, se frustró un sistema cuasi señorial. En el Canadá, el sistema señorial se hizo más fuerte. Una sociedad era de clases y de mentalidad burguesa; la otra era una sociedad de órdenes, que empezaba a ser de clases.

RESUMEN

El propósito de este artículo es el de comparar dos estructuras agrarias: la de la pampa y la del valle de San Lorenzo (Québec), desde el siglo XVI hasta el XIX. Trataremos el sistema señorial y el campesinado, y la transición de la encomienda a la estancia en la pampa. Nos centraremos en los estancieros y en la mano de obra rural. También, abordaremos el proceso de mercantilización en ambas regiones. Finalmente, aludiremos a la crisis de ambos sectores agrarios en las primeras décadas del siglo XIX.

Palabras clave

Estructuras agrarias comparadas, la pampa, el valle de San Lorenzo, Québec.

ABSTRACT

The purpose of this article is to study, from a comparative perspective, two agrarian structures, the pampas and The Saint Lawrence river (Quebec) from the XVI to the XIX centuries. We will deal with the seigneurial system an the peasants and the transition from encomienda to estancia in the pampas. We will focus our attention in the estancieros and the rural labor force. We also analyze the process of mercantilization in both regions. Finally we refer to the crisis of the two agrarian sectors in the first decades of the XIX th century.